

Pero para que podamos comprender el estado del corazón del joven bueno es necesario conocer el hijo de los señores que se llama...

Decíamos que es una tarde de octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo, ya se sabe lo que ha sucedido.

Fue hecho prisionero en las "Zonas de Bajío", conducido á Chihuahua, inhabilitado, escamoteado y conducido á ser degollado, traslado por la espalda, por cuando conservó la cabeza para exponerla en una escarpe en Guanajuato á la pública expectación para escarmiento de traidores."

Pero de su tumba se levantaron mil maravillas de guerreros que ahora acudían á Morelos, Iturbide y otros muchos; casi toda la Nueva España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debió terminar ya con la independencia del país.



una habitación de su modesta vivienda en la calle hoy llamada del "Lindo Triunfo"; pero en sus el brigadier, habitaba en el...

Ellos seis meses que el autor de una...

...cuando se...

CAPITULO XVII

LA NOVELA

A las diez se presentó en el baile el...

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el Conde le condujo á una especie de hotel, que se habia levantado en un tablado, que ocupaban los...

Aquella noche daba la Corte al Virrey Venegas un magnífico baile para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las tropas españolas, hacia el rumbo del "Bajío."

Bendita misión la de los cortesanos, de levantar orgías sobre ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo!

Este debía tener lugar en la suntuosa morada del Conde de..., en la calle de Don Juan Manuel.

Fernando debía acompañar al Virrey, y aun no eran las ocho de la noche cuando ya el joven estaba lujosamente

ataviado y se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora á que el Virrey debía de salir de palacio; en una habitación de su morada, situada en la calle hoy llamada del "Indio Triste;" pues su tío, el brigadier, habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traía delirante y distraído al joven, y comprenderemos su impaciencia cuando sepamos que esa cortesana debía asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el Virrey.

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el Conde de... le condujo á una especie de dosel, que se había formado en un tablado, que ocupaban los notables personajés que le debían hacer corte.

Era un espectáculo hermoso el que presentaba el inmenso salón profusamente iluminado con magníficos grupos de candelabros de plata y adornado con cuanto prodigio de hermosura, de juventud, de riqueza, pueden contemplar deslumbrados unos ojos.

Se abrió la danza, con uno de esos valeses que hoy parecen ridículos, porque nos imaginamos verlos ejecutados por los ancianos que de ellos nos hablan; pero que no carecía de gracia, arte y blando compás.

Fernando se aprovechó de la distracción del Virrey, que conversaba animadamente de política con Don Juan López de Cancelada, órgano ciego de su gobierno y editor de la "Gaceta de México," para confundirse en el torbellino de parejas, hacia un sitio de donde no se habían apartado un solo momento sus ojos desde que llegó al baile.

Y por cierto que estaba interesante el joven.

Vestía una casaca de paño de grana finísimo, cerrada sobre su pecho con botones dorados y que hacía resaltar más la elegancia de sus formas y la esbeltez de su cintura, y un pantalón de ese paño blanco que se llama de ante, con franjas de oro; pendía á su cintura un espadín, verdadera arma de baile, tan delgado como un florete, y sus manos finas y perfectas se encerraban en unos guantes de color amarillo leve.

Su fisonomía tan hermosa, brillaba con la expresión del entusiasmo amoroso.

Ya que no podemos contemplar á todas las personas del baile, ni seguir ese hilo enredadísimo de pequeñas intrigas de toda especie, que en esta clase de fiestas tienen lugar, procuremos contemplar á las que algo más conocemos y seguir el hilo de las que más atañen á nuestra verídica historia.

Y con razón hemos comenzado por una,

porque era la que atraía más miradas y despertaba más deseos.

Era una mujer hermosísima, vestida con un traje blanco completamente; pero tan bella, tan voluptuosa, tan fascinadora, como la hemos visto una vez en su palacio de la calle de Capuchinas.

Era Doña Regina, más radiante que nunca, vengándose de la sociedad con solo su hermosura. Era Doña Regina, la enemiga mortal del pueblo, el ángel malo de Hidalgo, ese pobre anciano que un día abogó por la causa del pueblo y á quien el porvenir preparaba el asesinato.

Era Doña Regina, el "ángel-demonio," ídolo de la aristocracia, en medio de esa su aristocracia querida, que había jurado el mal de los que osasen alzarse hasta ella.

Era Doña Regina, que hacía sólo dos años se había presentado en la corte mexicana, enloqueciendo á los que la veían con su hermosura de reina, admirando con su lujo escandaloso, deslumbrando con su gusto exquisito en el vestirse.

Accompañábala ahora, como algunas otras veces, un hombre muy pálido, rubio, y que por su traje y sus maneras revelaba desde luego pertenecer á una elevada categoría social.

Era Don Juan de Enríquez, su amante de un día, el traidor asesino de Hidalgo y Gil Gómez, ese hombre resuelto y

sinistro, que había sacrificado dos hombres por un lúbrico deseo.

En un grupo de militares de la suprema categoría, conversaba con su animación y franqueza de siempre Don Rafael de Gómez, el brigadier, el tío de Fernando, á quien hemos visto en San Roque há mas de dos años y que en este tiempo ha vivido en la capital con su sobrino, tocándole la fortuna, como él dice, de no haber tenido todavía que combatir nunca contra sus hermanos los insurgentes, pues cree que cuando llegue ese caso, tendrá tal vez que abandonar al virrey, de quien tantas particulares mercedes ha recibido.

Fernando se acercó á Doña Regina que se apoyaba indolentemente en el brazo de Don Juan, dando vueltas por el salón, y con un acento trémulo por el amor le dijo en voz baja:

—Por fin héme aquí, bellísima Regina.

—Cuánto lo deseaba, dijo la hermosa cortesana, abandonando el brazo de su compañero, que lanzó una mirada colérica, pero disimulada, á Fernando, y apoyándose en el del joven, que convulso de entusiasmo y amor, se alejó con ella hasta el final de la galería que circundaba el salón.

—¡Oh! aquí estamos un poco más so-

los, mi Regina, exclamó Fernando, contemplándola con pasión.

—¿Por qué no has hablado á mi hermano? dijo Doña Regina.

—Ya lo sabes: porque por más que ese hombre sea tu hermano, no puedo sufrir hablar con él; no sé qué tiene su rostro que me repugna; me parece que algún día debe hacerme un mal grave.

—Es, en efecto, un hombre malo, dijo Doña Regina con marcada intención de que estas palabras hiciesen impresión en el ánimo del joven.

Este, en efecto, preguntó con sorpresa:

—¿Es un hombre malo? ¿acaso te ha causado mal alguna vez, Regina de mi vida?

—Oh!—dijo Doña Regina dejándose caer sobre uno de los sillones que adornaban la desierta galería, y llevando su blanco pañuelo á los ojos para fingir que lloraba—oh! ¡mucho! ¡mucho!

Fernando cayó delirante á sus pies, besando la orla de su vestido primero y después una de sus manos con frenesí, á riesgo de ser visto por alguno de los concurrentes que, acalorados ó fatigados, salían del salón á tomar aire en los corredores.

—¡Oh! mi Regina,—exclamaba,—dime, dímelo todo, para vengarte: pero no llores con ese llanto que yo quisiera recoger de rodillas.

Al cabo de un momento la cortesana pareció consolarse.

Fernando se sentó junto de ella.

—¡Qué triste estoy esta noche!—murmuró equélla.—Sólo el deseo de verte, me ha hecho venir á este baile.

—Dí, ¿qué es lo que puede afligirte, Regina, cuando te ves tan hermosa, tan rica y amada con tanta idolatría?

—¿Quién sabe si mañana que mi hermosura ó mi brillo hayan acabado, cesará ese amor! ¿quién sabe si es un simple capricho y no una verdadera pasión como la que yo alimento por ti, Fernando!, dijo la impura cortesana.

—¿Dudas acaso de mi amor, Regina de mi corazón? ¿No sabes que por ti he abandonado todo y que há seis meses estoy enloquecido, porque has dicho una vez que me amabas?

—Es cierto, mas...

—Mira, yo he dejado en mi país una joven que me amaba y aún me espera; pero una vez te he visto, Regina, y la he olvidado y no la veré más; há seis meses que vivo sólo para adorarte, aunque en este tiempo sólo pocas ocasiones me has permitido penetrar en el santuario donde habitas; pero en cambio, te he seguido en la corte, en los paseos, he seguido tu carruaje, he permanecido noches enteras frente á tus balcones, para ver tu imagen adorada detrás de las vidrieras.

—Mil veces te he dicho que no podía verte como deseaba, porque ese mi hermano no fuera á comprender algo de lo que pasaba y yo le ocultaba con todo cuidado, temiendo su terrible enojo, dijo Doña Regina con un aire de sencillez y hasta de candor, digno de una niña que nunca ha salido al mundo, digno de la inocente y desgraciada Clemencia.

—Por acceder á tu deseo, me he ocultado á su vista muy á mi pesar, siempre que él te acompañaba.

—Y sin embargo, esta noche ha debido comprenderlo todo por tu inexperiencia.

—¿Y qué resultaría de eso?

—Mi ruina.

—No ciertamente, mientras lata en mi pecho un corazón inflamado por tu amor, mientras mi mano pueda manejar una espada ó lanzar una bala al corazón del que osare ultrajarte.

—¡Oh! soy muy desgraciada.

—¡Alma mía! ábreme tu corazón, revélale al mío tu pasado en esta noche en que todos se alegran, pero yo sufro al verte sufrir, exclamó Fernando.

—¿Pero no me aborrecerás si te descubro un secreto terrible del que depende mi vida y que hasta aquí te había ocultado, mi Fernando?, dijo Regina con una dulce languidez, que se parecía mucho á la de una joven inocente, que sintiéndose débil para combatir contra las

asechanzas del mundo, se ampara bajo la protección del amado de su corazón.

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto terrible.

—¿Y me lo habías ocultado, Regina, lo habías ocultado al hombre que te amaba con toda su vida?

—¡Oh! ya lo ves; solamente eso te indigna, ¿qué harías entonces cuando lo supieras?, dijo Regina asustada.

—No, no me indigno, Regina; pero siento profundamente esa ingratitud de tu amor.

—¿Y me perdonarás por más horrible que sea lo que voy á decirte?

—¡Oh! yo tengo que demandarte perdón, porque te has bajado tú, tan bella, tan noble, tan rica, hasta mí, pobre soldado, que no poseo otro tesoro que mi espada.

—Sin embargo, observó tímidamente Doña Regina; lo que voy á decirte bien merece suplicar antes el perdón.

—Pues te perdono, Doña Regina, te perdono antes de escucharte.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Por más horrible que sea?

—Por más horrible que sea, exclamó Fernando después de un momento de vacilación.

Doña Regina vaciló á su vez un momento, preguntando:

—¿Estamos solos?

—Perfectamente solos; este es el final del corredor, y los que salgan del salón es difícil que lleguen hasta aquí.

—¡Oh, Dios mío! estoy expuesta á que me vean á tu lado y murmuren de mí; pero ¿qué importa? si al fin te amo, Fernando, y todo te lo sacrifico: mi honor, mi reputación, mi vida entera.

—Gracias, gracias, ¡alma mía!

Pareció vacilar de nuevo Doña Regina, como si lo que iba á revelar fuera una cosa que le causase violencia.

—¿Por qué temes? ¿no te he jurado ya qué te disculparía?, dijo el joven acento de dulce reconvencción.

Por fin, al cabo de un momento, pareció resolverse la hermosa señora y dijo en voz tan baja, tan baja, como si ella misma temiese escucharse:

—Ese hombre que me acompaña esta noche al baile y á quien te he suplicado ocultes nuestro amor, ese hombre que siempre me acompaña en público... ese hombre....

—¿Ese hombre?

—No es mi hermano.

—¿No es tu hermano?

—No.

—¡Maldición!, dijo Fernando poniéndose de pie y llevando sus manos á su frente con expresión de profunda desesperación.

Sin embargo, como si Doña Regina hubiese calculado el efecto de sus palabras sobre el ánimo del joven, permaneció en silencio, lanzando oblicuas, pero seguras miradas.

Y como si el joven se hubiese arrepentido de su acción, luego que hubo pasado la primera impresión de su dolor, volvió á dejarse caer sobre el sofá y murmuró con dulce acento:

—Sigue, Regina, sigue.

Esta juntó las manos en actitud suplicante y prosiguió diciendo en voz baja:

—Yo vivía en un pueblecito de Francia, alegre y dichosa al lado de mis padres.

—¿Cuánto tiempo há?

—Pronto hará cuatro años.

—Antes de seguir, antes de revelarme lo que sospecho, dime aún una vez que me amas, Regina, y que si en tu pasado hay un abismo, tu presente me pertenece desde este momento, dijo melancólicamente el joven.

—Te amo, Fernando, te idolatro, y lo que te está probando más mi cariño es esta revelación, que yo no tenía necesidad de hacerte, y que sin embargo, te hago, porque nada quiero ocultar á quien adoro, ni aun mis crímenes involuntarios.

—Prosigue, Regina.

—Nada faltaba á mi vida ni á mi corazón al lado de mis honrados padres;

pero un hombre rico de la ciudad me vio y codició mi hermosura. Durante algún tiempo rondó mi casa y logró hacer llegar á mis manos algunos billetes, en los que me proponía abandonar á mis padres, para huir con él y seguirle á la corte, donde habitaría todo el tiempo que quisiese en su palacio y donde tendría todo lo que desease.

—¡Miserable!

—Guardé silencio sobre sus primeros billetes durante algún tiempo, amenzándole solamente con avisar á mis padres si los volvía á repetir, y esta amenaza pareció enfriar el fuego de su persecución, porque durante algún tiempo no le volví á ver más en la aldea.

Fernando escuchaba con toda su atención, oyéndose sólo en el silencio los latidos de su agitado corazón y los ecos lejanos de los ruidos del baile.

Doña Regina prosiguió entre sollozos:

—Pero una noche....

—¿Una noche?.....

—Una noche, después de cenar sentí tan abrumada mi cabeza por un sueño tan imperioso, que me retiré para dormir á mi cuarto, porque no podía tenerme en pie.

—¿Acostumbrabas entonces dormirte inmediatamente después de cenar?

—Por el contrario, permanecíamos más

de una hora en el hogar, platicando familiarmente; pero esa noche creí que estaría un poco enferma, porque el té que acostumbraba tomar después de la cena, me había parecido de un sabor muy amargo.

—¿Pero quién?.....

—Mis padres habían recibido dos días antes en calidad de criada, á una joven que les había suplicado le diesen un albergue, porque sus padres habían muerto en la ciudad y ella se encontraba expuesta á todo el horror de la miseria y de la prostitución.

—¿Qué más, Regina?

—Mi cuarto estaba en el fondo de la casa y tenía una ventana baja de madera que daba al campo.

—¡Dios mío!

—Ni tiempo tuve para acabar de desnudarme, porque el sopor que sentía me aplomó sobre el lecho y no tardé en dormirme profundamente.

Fernando se enjugó el sudor que inundaba su frente.

Doña Regina, haciendo un esfuerzo doloroso, continuó:

—No sé qué tiempo habría transcurrido desde que me durmiera, cuando me pareció oír un ruido terrible en la ventana.

—¿Un ruido?

—Después me pareció sentir que me

estrechaban con fuerza y me levantaban en peso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Pero yo no podía moverme, y un grito que quise articular se ahogó en mi garganta.

—¡Desgraciada!

—Sentí en mi rostro una ráfaga de viento del campo y conocí que me conducían fuera de mi cuarto; pero no pude hacer otra cosa que agitarme en mi impotencia, y luego, ¿quién me podría auxiliar en medio de una aldea á horas tan avanzadas de la noche?

—Sí, sí; ¿y después?

—Los que me conducían hubieron de temer, porque se apresuraron á llevarme á otro sitio. Sentí que me dejaban caer en un asiento y me pareció oír un murmullo semejante al de un coche rodando sobre el camino.

Doña Regina hizo una pausa y luego continuó:

—Sentí sobre mi seno el contacto de impuras caricias, y una excitación terrible del pudor me hizo dar un grito, y medio despertar de aquella pesadilla espantosa.

—¡Ah!

—No pude conocer los rostros de los que iban conmigo dentro del carruaje, porque la noche era obscurísima; pero con una sola mirada al través de los vi-

drios, creí ver una de las cabañas que se hallaban cerca de la carretera de París.

—¿Y luego?

—Mi vuelta en mí les sobresaltó mucho, porque abrieron mi boca con fuerza y en ella dejaron caer unas gotas que me vi obligada á tragar, sintiendo el mismo sabor particular que había experimentado pocas horas antes, al tomar el té.

Entonces no supe ya lo que fué de mí.

Doña Regina llevó su pañuelo á los ojos, sollozando dolorosamente.

Fernando, pálido por la emoción y el respeto que le inspiraba aquella mujer tan virtuosa y tan desgraciada, no se atrevía á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habría observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con Doña Regina, á un hombre que no perdía uno solo de sus movimientos.

Era Don Juan.